

Castel Gandolfo, 1 de septiembre de 1999

## Llega la enfermedad, ¿un momento saludable?

(...)

Cuando se presenta cualquier enfermedad, nosotros estamos invitados a creer y a decir que todo es amor, amor de Dios, recordando Santa Teresa de Lisieux que, cuando tuvo el primer vómito de sangre, no señaló su enfermedad, sino que dijo: “Ha llegado el Esposo”.

(...)

Quien sufre está en primera línea.

En el Movimiento tenemos una idea propia acerca del enfermo, de los enfermos.

En un diario de abril de 1968 está escrito:

«Nosotros en el trabajo, en los triunfos... que esta Obra exuberante y floreciente produce, a veces tenemos la tentación de ver en las personas que sufren, casos marginales a los que hay que cuidar, visitar, pero posiblemente hay que ayudar para que vuelvan lo antes posible a la actividad, casi como si ésta fuera nuestro primer deber, el centro de nuestra vida.

En cambio no: los que entre nosotros sufren, o están enfermos, o mueren, son los elegidos. Ellos ocupan el centro de la jerarquía de amor del Movimiento. Son los que más hacen y los que más trabajan»<sup>1</sup>.

Y en otro momento escribía: «Debemos considerar a los enfermos como hostias vivas, que unen el propio sufrimiento al de Cristo, dando así la mejor contribución para el desarrollo de la Obra y de la Iglesia».

También el Papa Juan XXIII tenía la misma idea. Escribía a un Obispo que tenía que descansar: «Ahora tu tarea ha cambiado (para con la Iglesia): debes rezar por ella. Y esto no es menos importante que la acción».

La enfermedad desde el punto de vista de algunos santos

Es bonito y también interesante conocer a este respecto algunas de las reglas de vida de familias religiosas, para ver cómo el Espíritu Santo es constante en el sugerir a los distintos fundadores normas semejantes a las nuestras.

En la Regla de san Benito, por ejemplo, leemos en el capítulo XXXVI: «El cuidado de los enfermos debe estar por encima de todo y tener la preferencia ante cualquier otra cosa(...)».

En una Regla no aprobada de san Francisco está escrito: «Le ruego al fraile enfermo que dé gracias por todo al Creador y que desee ser tal como el Señor lo quiere: sano o enfermo, porque a todos los que Dios ha predestinado a la vida eterna, los educa con invitaciones estimulantes (...), porque así dice el Señor: ‘A aquellos a los que amo, les corrijo y les castigo’».

Por lo tanto, la enfermedad es amor, todo lo que hace sufrir es amor, tanto para san Francisco como para nosotros.

Las enfermedades: pruebas para la prueba final

En el Movimiento, las enfermedades, con su carga de sufrimiento, son vistas como pruebas de Dios para la prueba final: el paso a la Otra vida.

---

<sup>1</sup> Cf. Diario, 11.04.1968.

Se escribía en los años '60:

«Dios, haciéndose hombre y, por consiguiente, mortal, nació en esta Tierra para morir.

Y éste es el sentido de la vida: vivir como el grano de trigo cuyo destino es morir y marchitarse para la vida verdadera y eterna. (...)

Tenemos que considerar las enfermedades que nos llegan como peldaños preparados por el amor de Dios, para escalar la cima, pruebas para 'la prueba': pequeñas partículas de de hostias, no perfectamente consumadas, para el 'consummatum est' (Jn. 19,30) completo que a todos nos espera.

Así: mortales con el Mortal, para resucitar con Él e iniciar una Vida que no tendrá fin.

“Señor que el hacer tu voluntad sea el incienso que te ofrecemos en esta 'Misa' que preparamos».

Y es conocido el escrito titulado: “Su Misa, nuestra Misa”. Habla del dolor. Quizá sea útil – en este tema – citar una parte del mismo, porque nos dice también el sentido que tienen para nosotros la enfermedad y el sufrimiento:

«Si sufres y tu sufrir es tal  
que te impide toda actividad,  
acuérdate de la Misa.

En la Misa, Jesús

hoy como entonces,

no trabaja, no predica:

Jesús se sacrifica por amor.

En la vida

se pueden hacer muchas cosas, decir muchas palabras,

pero la voz del dolor,

quizá sorda y desconocida para los demás,

del dolor ofrecido por amor,

es la palabra más fuerte:

la que hiera al Cielo.

Si tú sufres,

sumerge tu dolor en el suyo:

di tu Misa. (...)

y deja que corra tu sangre

en beneficio de la Humanidad:

¡Como Él!

¡La Misa!

¡Demasiado grande para comprenderla!

Su Misa, nuestra Misa»<sup>2</sup>.

*Chiara Lubich*

<sup>2</sup> Cf. Escritos Espirituales/1 pág 47.